

LA HIJA DE LA NOCHE

CARLOS VILLAMARÍN ESCUDERO

LA HIJA DE LA NOCHE

EDICIONES ECUA@FUTURO
Quito – Ecuador

ISBN 978-9942-20-090-7



A quienes creen en la realidad
de espectros, manes, fantasmas,
cécubos, ícubos y en toda
aquella camada de espíritus va-
gabundos.

Autor:

Carlos Bermel Villamarín Escudero

Diseño de portada y diagramación:

Serge della Fonte

Primera Edición: Agosto de 2014

Derechos de Autor: 044151

ISBN: 978 – 9942 – 20 -149 – 2

www.paisdeleyenda.com

Teléfonos: 02 – 3081 – 326

099 – 5252 - 091

Editorial: Ediciones ECUA@FUTURO

Quito - ecuador

Impreso en Ecuador – Printed in Ecuador

La hija de la Noche

Al igual que sus hermanas gemelas, las célebres novelas “Plenilunio fatal”, “Un Capítulo de Amor”, “El avernícola”, “¡Cuidado con las guapas!”, etc., abre sus páginas al lector adicto a recorrer los laberintos del misterio para obsequiarlo con momentos inolvidables. La descripción de sus pintorescos personajes, de apariencia inofensiva a vuelo de pájaro, expectantes luego y, finalmente espeluznantes, nos lleva a un estado de ánimo de alta tensión y suspenso. Hay momentos en que uno siente el impulso de huir despavorido de aquellos dantescos escenarios, sin embargo la expectativa incoada por los trances que se avecinan, le mantiene hipnotizado. Y, ciertamente, la impresión de sus pasajes perdurará en el lector mucho más allá de haberlo abandonado este interesante libro.

La redacción.

ÍNDICE

	Páginas
La hija de la Noche	6
Prólogo	8
Una ola se sangre ahoga a la ciudad	
Capítulo uno	15
Un hombre como todos	
Capítulo dos	23
Campeón de velocidad	
Capítulo tres	28
La salvadora	
Capítulo cuatro	36
Recordando un fugaz romance	
Capítulo cinco	44
En la cima del Churo de la Alameda	
Capítulo seis	56
En la grata compañía de Alba	
Capítulo siete	63
En la tétrica mansión	

La Hija de la Noche

Cuando el sol, tras el Pichincha,
abatido oculta el rostro,
¡más te vale soslayar
a la Hija de la Noche!

Si la ves, no te detengas,
no la hables, no te acerques
ni pretendas cortejarla,
que es un ser de las tinieblas.

Si sus labios de carmín
te presenta a que los beses,
no te ufanes de tu suerte,
que es el beso de la muerte.

Si sus ojos de azur,
como el cielo, como el mar,
te lograsen fascinar,
más te vale despertar.

Si a pesar de la advertencia
aún persistes en buscar
el sabor de sus caricias,
¡ay de ti, pobre mortal!

LA HIJA DE LA NOCHE

[Cántico popular cuyo origen se confunde en las profundidades del tiempo y que se refiere a la leyenda de La Hija de la Noche.]

PRÓLOGO

Una ola de sangre ahoga a la ciudad

Mucho se ha hablado de aquella misteriosa mujer denominada *La Hija de la Noche*, quien —según se dice—, en una época lejana, aunque no tanto como para haberla olvidado, solía recorrer la ciudad de Quito tan pronto como el sol se ocultara tras la cumbre del Guagua Pichincha. Cual fiera de presa, oculta entre la tupida oscuridad, acechaba pacientemente a sus víctimas, en espera de la ocasión favorable para darles implacable cacería. Las piezas las elegía de entre los varones noctámbulos que se aventuraban por las calles en ejercicio de románticas gestiones. Como experimentada cazadora que lo era, y también gracias al arma que usaba, jamás erraba el golpe. A propósito, esta herramienta en nada se parecía a los adminículos utilizados por los afectos al deporte de la montería, que como se sabe van desde la simple lanza hasta el sofisticado rifle, pasando por la cerbatana y el machete. Pues, para el efecto, se servía de algo más infalible: su deslumbrante belleza femenil que obraba en el incauto como el imán ante las partículas de hierro.

Pero desengáñese usted si cree ingenuamente que aquella magnífica mujer se exponía al rigor de la noche andina, abdicando a la delicia de entregarse a Morfeo en la calidez de su lecho y, además, exponiéndose a las suspicacias de la vecindad, simplemente por el placer de seducir a algún confundido noctívago para obsequiarle a continuación con una inolvidable sesión de amor. Nada de eso. Al infeliz que, enmarañado en pecaminosas perspectivas, caía en su poder, luego de conducirlo hasta su aposento que por cierto lo ocupaba furtivamente, le concedía un solo beso de sus rojos y sensuales labios. Un beso prolongado, voluptuoso, absorbente, que parecía extraerle el alma con la fuerza de una bomba de succión, y ardiente como las llamas de una hoguera. Y, tomando aquel ósculo como el punto de partida del embate, infligía a la víctima una pavorosa y dilatada agonía, ya que, invariablemente, la devoraba viva.

La aciaga presencia de *La Hija de la Noche* en la ciudad de Quito, en 1918, como nunca antes ni después, dejaría en la memoria de los quiteños dolorosos recuerdos. El número de inmolados en esta ocasión fue mayúsculo y el fin que encontraron estos infelices, espeluznante.

Las osamentas encontradas en el interior de cierta casa deshabitada de la calle Briseño de esta ciu-

dad, por un milagro de la casualidad, hablaban por sí solas de la saña y la voracidad con que el monstruo daba cuenta de sus efímeros amantes. Los huesos, sin la menor partícula de carne adherida a ellos y con muestras de haber sido succionado hasta el tuétano, se amontonaban en el suelo de las asquerosas covachas cual escombros caídos allí al azar. Y junto a los macabros restos, convertidas en jirones e impregnadas de sangre, se veían una gran variedad de vestidos de exclusivo uso masculino.

Mas la ciudadanía, ignorante aún de la naturaleza diabólica del monstruo que la acechaba permanentemente, se preguntaba cuál había sido el motivo que impulsara al asesino a dar semejante tratamiento a sus víctimas. Pues, sin duda la necesidad de apropiarse de las pertenencias de algún valor quedaba descartada, ya que en las bolsas de la estropeada indumentaria recogida allí se veía intacto su contenido. Tampoco había sido tocada la dentadura ortopédica, de fino oro macizo que, curiosamente, ostentaba una de las calaveras que se amontonaban junto a los esqueletos. Un ladrón difícilmente la hubiera despreciado. ¿Entonces el móvil de los crímenes se circunscribía al perímetro de la venganza? Quizá. Pero ¿existía alguien capaz de eliminar de tal forma a su enemigo sin que la repulsión le impidiese llegar a extremo semejante por enorme que fuese su agravio? Y aun

admitiendo la existencia de semejante engendro, ¿por qué devoraba la carne de los cadáveres? ¿Consideraba, acaso, insuficiente el castigo de sacarle de la demografía únicamente? Las preguntas no tenían respuesta.

Las encuestas realizadas por la policía con el fin de esclarecer los crímenes, que permanecían envueltos por un espeso nimbo de misterio, no hicieron otra cosa que acrecentar la densidad de éste. Las pistas que los sabuesos se ufanaban de haber descubierto tras intensos interrogatorios, y no pocas veces valiéndose de los métodos inquisitorios creados por Tomás de Torquemada, ciertamente, no iban más allá de lo que todos conocían desde el principio sin que hubiesen tomado molestia alguna. Sin embargo, a pesar de su fracaso en lo medular de sus gestiones, sus indagaciones establecieron que ninguna otra banda de forajidos dedicada al tráfico con la carne obtenida de cadáveres humanos, como la que a la sazón guardaba prisión, se hallara operando en la ciudad*. También se hallaba convencida de la inexistencia de algún lunático que se le hubiese dado por convertirse en un caníbal. Tampoco lo había descubierto visos de que alguna manada de lobos o perros rabiosos merodeara por la urbe. No obstante, las osamentas humanas que se encontraban continuamente revelaban la presencia de un antropófago suelto,

dándose festín tras festín con los ilustres varones quiteños.

Finalmente, la infalible policía logró dar con un ciudadano que aseguraba haber escuchado cierta noche pavorosos alaridos de los que no podía precisar ni la hora ni el sitio de procedencia. Y como para proclamar a voz en cuello su invaluable aporte al esclarecimiento de los sangrientos sucesos, obtuvo dos testimonios que a priori fueron calificados por la comunidad como de dudosa fuente además de contradictorios entre sí. Pues, cierto vago consuetudinario y afecto a elevar el codo, declaró que una noche vio cómo una pareja, al parecer de amantes, ingresaba en una casa de abandonada apariencia. Conformaban el dúo una despampanante rubia de hermosos ojos azules y sensuales labios rojos y un enorme negro que, al sonreír, mostraba con no poca vanidad sus dos hileras de dientes elaborados en deslumbrante oro. Al respecto, la misma policía reflexionaba que el susodicho vago bien pudo haberse enterado por la prensa del descubrimiento de la famosa dentadura de oro, puesto que aquella información había sido y reiterada y ampliamente difundida. En cambio el otro testigo, un mozalbete conocido por el vecindario como el mitómano oficial del barrio, aseguraba que, en cierta noche bañada por la Luna, también él había visto perfectamente a la referida

pareja. Pero que era la mujer quien llevaba los dientes de oro y no el negro, que tenía más bien aspecto miserable.

Las investigaciones policíacas cesaron por fatiga exactamente en este punto. A partir de ahí, mil conjeturas, cual más fantástica, se elaboraron en torno del autor de los crímenes y las motivaciones que habría tenido él para obrar como lo hacía. No obstante, ningún secreto puede permanecer oculto por mucho tiempo sobre la faz de la tierra. Más temprano que tarde, la verdad se hace patente. Fue así como, finalmente, *La Hija de la Noche* fue señalada como la responsable de los asesinatos en serie.

Y como para desenmarañar una madeja hace falta sólo encontrar la punta de la hebra, desentrañar la identidad de las víctimas no ofreció dificultad, ya que, la indumentaria de todas y cada una de ellas encontradas junto a las osamentas, pudieron ser perfectamente reconocidas por sus deudos. Además, casi todos los inmolados traían consigo algún documento de identificación personal. Fue así cómo se evidenció que los desgraciados fueron hombres jóvenes, saludables y de complexión atlética, que, de no ser por el fatal encuentro con *La Hija de la Noche*, hubieran alcanzado una longeva y fructífera existencia. Muchos de ellos poseían los dones con que se adornó Adonis, pero,

en contraposición, todos gozaban de la reputación de un fauno.

Excepto una sola y honrosa excepción, los demás eran mozos de temperamento vehemente, dispuestos a protagonizar actos temerarios cuando no a jugarse la vida por conflictos baladíes. De entre estos personajes, a quienes la fantasía popular ha engalanado con ricos pasajes de novela su breve permanencia en este mundo, se descuella como ninguna otra justamente la figura de la víctima de los dientes de oro.

Y ahora, tantos años después, tal vez no como realmente sucediera, pero sí como reza la leyenda, nos proponemos a describir los azarosos pasos de un interesante sujeto durante los últimos meses de su permanencia en este mundo. Este sugestivo personaje, debido a su nada recomendable conducta y sobre todo a su trágico fin, muy pronto daría origen a otra leyenda no menos tenebrosa que la de *La Hija de la Noche*. Pero esta es un cuento diferente que prometemos relatarles en otra ocasión.

CAPITULO UNO

Un hombre como todos

Iván Lacabra tenía a la sazón veintidós años de edad, vestía con elegancia, y mostraba de continuo una seductora sonrisa, con la cual aparentaba ser completamente feliz. A pesar de no llevar una existencia pía, no se le hubiera podido catalogar como un ser marginado del límpido y aséptico imperio de la ética, y quien diga lo contrario demuestra que nunca lo conoció. En realidad, no era él ni más ni menos que los demás negros jóvenes (y también viejos), de Playa Linda, quienes jamás perdían el tiempo ni la paciencia en dilucidar sobre cuestiones morales. Suponían que la decencia se había forjado para la gente de posición desahogada, que podía darse el lujo hasta de ser honesta, mientras que ellos, fauna desamparada de la fortuna, ni debían ni podían andarse con remilgos.

Las leyes vigentes o bien las desconocían realmente o bien preferían ignorarlas. Sin embargo, su conducta se ajustaba a las ordenanzas de una peculiar ley pragmática desde todo punto de vista, cuyo precepto principal recomendaba, exigía y obligaba —según la oportunidad que se le presen-

tase a los miembros de esta comunidad— a tomar de los demás (de los de posición desahogada, se entiende) cuanto les fuera necesario para mitigar en algo los porrazos que recibían de la vida. También prescribía a los protagonistas de estos lances el deber ineludible de embellecer los relatos de sus aventuras con una buena dosis de donaire, con el propósito de que los oyentes sintiesen el impulso irresistible de emular tales hazañas.

Por ello Lacabra, que era el morador típico de Playa Linda, jamás fue visto en esta aldea como un descarriado. Por el contrario, debido a su grado de intrepidez y a su facultad de penetración, lo consideraban como un chico que prometía y que sin duda llegaría lejos. Y tal opinión iba en constante incremento a medida que traía su valija cada vez más repleta, de sus viajes realizados a la ciudad capital, donde él encontrara un rico e inagotable filón.

Luego de una permanencia relativamente corta en Quito (nunca más de tres meses), retornaba a Playa Linda cargado a más no poder con finos y hermosos cronómetros de pulso, elaborados en las célebres y neutrales relojerías suizas, sortijas y cadenas de oro y de platino, gargantillas confeccionadas con perlas de Ormuz y de preciosa pedrería, cuyas gemas resplandecían con mayor intensidad que el mismo sol, y sobre todo gruesos

fajos de billetes-dólares de la más variada cuantía. Además, se presentaba siempre tan garboso y ataviado como un dandy, que a las negritas de la aldea les daba gusto mirarlo.

Sin duda, cada uno de semejantes botines, bien utilizado, le hubiese bastado para mantenerse inactivo durante el resto de sus días dentro de una existencia placentera y sin conocer la necesidad de someterse al yugo del trabajo. Pero Lacabra, que estaba influido por la misma idiosincrasia de sus coterráneos, no concedía un ápice de interés a la prevención y, en compañía de sus amigotes, disipaba el fruto de sus rapiñas en menos tiempo del que necesitara para obtenerlo. No obstante, aquello no le preocupaba, que al fin y al cabo sabía dónde encontrar con facilidad la inagotable fuente que le proveía de recursos que luego los conmutaría por francachelas con agnados y cognados.

Pero no eran sólo joyas, dinero y elegante atavío lo que Lacabra traía consigo, lo cual no era más que meras fruslerías que se esfumaban al instante sin dejar rastro, sino ese rico acervo que constituían aquellas evocaciones que concitaban enorme interés en sus oyentes. Generalmente por las tardes, recostado a la sombra de una esbelta y danzarina palmera, en la mano un refrescante coco de agua, bautizado con ron, y sintiendo en sus pies el susurrante cosquilleo de las espumosas olas mari-

nas, el aventurero encontraba superlativo placer en relatar sus correrías ante una concurrencia que le escuchaba embelesada.

Escuchar sus anécdotas descritas con gracejo e innegable amor a los eventos azarosos, acerca de la satisfacción experimentada al improvisar y ejecutar cada una de sus fechorías, era de sí ya un espectáculo digno de aplauso. Mas oírle referirse a sus conquistas amorosas, conquistas de auténticas señoritas quiteñas, gracias a sus propios e irresistibles encantos varoniles y no debido al influjo de pócimas o ardidés recetados por algún *chagua* (pseudo) brujo de Santo Domingo de los Colorados, cautivaba y maravillaba a los concurrentes a tal punto que si en ese momento se hubiera producido allí un terremoto, hubieran permanecido ellos indiferentes.

Influidos por las narraciones de aquellos episodios, que en el auditorio despertaban el anhelo protagónico, era lógico que más de uno de sus coterráneos le pidieran tomarlos como discípulos en sus futuras correrías. Pero Lacabra se negaba rotundamente a admitirlos, aduciendo siempre que para laborar en la ciudad de Quito hacía falta ser un perito en la profesión, ser y parecer un genuino artista. Allí no había sitio para neófitos, pues sus cárceles estaban atiborradas de ladronzuelos principiantes y de rufianes de poca monta. Por tanto,

más les valía descubrir y perfeccionar los secretos del arte en pequeñas ciudades donde las víctimas eran más ingenuas y las autoridades menos difíciles de contentar. Con todo, les prometía atender tal solicitud cuando el transcurso de los años llegase a forjar la pericia de los postulantes. Pues ellos debían conocer que la excelencia del vino y del ladrón está en la vejez.

Pero el fondo verídico de los comentarios de Lacabra era otro. Si bien como ladrón, debido al extremado cuidado con que elegía sus víctimas, mujeres solitarias y hombres en la última fase de la embriaguez casi siempre, había tenido hasta aquí éxito, no se podía decir lo mismo de sus conquistas amorosas que en realidad no iban más allá de lo que el desamparado encuentra buenamente en los turbidos mercados del amor. Marginado por la segregación racial que por entonces, mucho más incisiva que hoy, primaba en la sociedad ecuatoriana, le había sido imposible establecer jamás relación de tipo alguno con ninguna mujer blanca y decente. Sin duda con una chica de su raza hubiera obtenido rotundo éxito, pero semejante cosa no le parecía una opción digna de ser tomada en cuenta. Simplemente abominaba a las damas de color. Su anhelo no admitía paliativos. ¡Blanca o blanca! No existía alternativa.

Con seguridad, desconocía el joven delincuente que para disfrutar de ciertos privilegios hace falta ser merecedor de ellos. Y para que los mereciese, debía empezar por frecuentar y ser parte de escenarios sociales dignos y decorosos que él los excluía, soslayando el esfuerzo de superar el brocal de aquel pozo de inmundicia denominado hampa. De la capitalina metrópoli conocía apenas sus bajos fondos. Una actitud propia de un pillo de baja estofa. Sin embargo, deslumbrado por la pretensión de picar alto, a menudo se sentía consternado y a veces inmerso en una perspectiva ignominiosa.

Con el espíritu atribulado, muchas veces intentó librarse de la ominosa carga que pesaba sobre su amor propio como una montaña, aceptando el axioma que dice: “Afortunado en el juego y desgraciado en el amor”; mas al punto lo desechaba estimándolo consuelo de necios. Le parecía ilógico que alguien afortunado en el juego, lo que significaba tácitamente disponer de abundante y permanente dinero, con el cual todo se compra, ¡no lo fuera también en el amor, que al fin de cuentas no es sino otra mercancía más! ¿O el axioma estaba dirigido a una clase exclusiva de personas que se sienten efectivamente afortunadas cuando el azar les permite salir esquilmadas del juego? Pero ¿sería posible tal cosa? O quizá en un principio este aforismo, en vez de “juego” diría

“fuego”, dando a entender que quien tenía la fortuna de quemarse, estaba proscrito del amor, ya que un sujeto tostado, o al menos chamuscado, no parecería agraciado ni siquiera a los ojos de una ciega. Solo así se podía admitir el apotegma como bueno.

En todo caso, si alguna vez debía él atenerse a los refranes, se dejaría aconsejar más bien por aquel que reza: “La ciencia del cazador es más paciencia que ciencia”. ¿Acaso tan sabia enseñanza no la comprobaba, día tras día, cuando acechaba a sus potenciales víctimas para desvalijarlas? Por tanto, lo prudente sería esperar pacientemente la ocasión en que la mujer de sus sueños fuera espontáneamente a golpear la puerta de su sórdida habitación mendigando amor. Al fin y al cabo, él no era más que un mozo apenas salido de la adolescencia y probablemente le quedaba aún mucho por ver. Las vicisitudes forzosamente le traerían buenas rachas entre las malas. Ellas, como todo en la vida, también estaban sujetas a la ley de las probabilidades. Pero, a pesar de todo, ¿si la situación continuaba como hasta ahora?...

Entonces, ¿qué debía hacer para allanar el escabroso camino que dificultaba el arribo a la áurea meta que se había impuesto? ¿Debía decidirse a visitar cuanto antes a la bruja del Itchimbía en busca de ayuda, desechando la escuálida esperan-

za que aún cifraba en sus encantos varoniles? ¿Le sería más provechoso prometer a todo santo una vela y una mecha a cada diablo? ¿Tal vez exorcizarse con abluciones de agua bendita, en vez de limitarse a persignar únicamente con el dedo humedecido en ese sagrado líquido como lo venía haciendo siempre? ¿O, a su vez, debía dejar de hacerlo?

En esos momentos de loca exacerbación pensaba, y por cierto muy en serio, no sólo en dejarse atrapar por *La Hija de la Noche*, prestándole a ésta facilidades, sino en buscarla sin tregua. De acuerdo con los comentarios que circulaban a la sazón, sabía que esta misteriosa y hermosa mujer blanca no discriminaba raza ni profesión de fe en sus efímeros amantes. Amaba breve e intensamente a todos, aunque luego los devorara. Quizá un precio muy alto para sufragar una lúbrica aventura, mas no por realizar el anhelo de toda su vida.

CAPITULO DOS

Campeón de velocidad

La noche había tendido sus alas sobre la franciscana ciudad de Quito. El paisaje urbano, compuesto por dos elementos completamente distintos que lo definen, el desarrollado por el hombre y el campo libre, tenía a esa hora tres tonalidades diferentes que ajustaban entre sí hasta adquirir un matiz pardo, que hacía su ambiente desapacible. Aquel lóbrego escenario, tan enojoso a los de propensión festiva y adictos a los colores esplendentes, en contraposición, resultaba muy a propósito para quienes, como las lechuzas y los murciélagos, medran al amparo de las sombras.

El momento mismo en que Lacabra, en ejercicio de su honrada profesión, se disponía a caer sobre el ebrio, a quien le había seguido pacientemente desde cinco manzanas atrás, fue cuando, por el ángulo del ojo, distinguió a la mujer. Se hallaba oculta a medias en el vano de una puerta cerrada de la casa contigua, mirándole con insistencia. Era joven y bonita, pues tal cosa se advertía con claridad aun en la penumbra. Se la imaginó vinculada al beodo y que, al notar la presencia de su perse-

guidor, empezaría por dar alaridos, alertando al vecindario, que, a pesar de lo avanzado de la hora, no tardaría en dejar el lecho para verificar lo que ocurría en la calle. Maldijo entre dientes a la entrometida y, muy a su pesar, dejó al devoto de Baco que continuase su camino. Conocía de su contumacia por la bebida y de su inveterada costumbre por acudir los fines de semana al antro que acababa de dejar. Pues bien, ya se resarciría mañana de la pérdida de hoy. En su oficio había que aceptar con filosófica resignación cosas así.

Lacabra, procurando mantenerse pegado a la pared, empezó a distanciarse con celeridad, ya que en tal profesión, al margen del éxito de la faena o de su fracaso, la oportuna retirada del campo de operaciones era la diferencia entre la cárcel y la libertad del ejecutor. Le faltaba apenas una decena de metros para llegar a la esquina más próxima, desde donde pensaba escurrirse hacia algún sitio despejado, cuando notó que había sido descubierto por un vigilante nocturno que, situado estratégicamente detrás del poste de un farol que lucía delante de él, empezó a dejar oír su perentorio llamado, soplando a todo pulmón y reiteradamente su silbato de carrizo. Entonces se dio cuenta el fugitivo que por ese lado le tenían cerrado el paso y que, para evadirse, no le quedaba otro camino que el tomado por el beodo. Éste, ajeno a lo que

sucedía a sus espaldas, continuaba su marcha zig-zagueante mientras profanaba una canción en boga con aguardentosa y gangosa voz.

Lacabra emprendió rauda carrera, alejándose progresivamente de los espeluznantes chiflidos con cada paso que daba. Conseguir alcanzar la esquina opuesta antes de que otros vigilantes acudieran en auxilio de su escandaloso compañero, le significaba evitar la incómoda situación de verse forzado a pasar una larga temporada fuera de circulación. Ventajosamente, por la dirección que seguía, el acceso a campo abierto no quedaba lejos ni precisaba de prolongado esfuerzo para alcanzarlo. Para transponer el límite crítico requería a lo sumo de una treintena de pasos y, luego, las posibilidades de poder escabullirse eran mayores que por el rumbo opuesto. La famosa Avenida 24 de mayo, el único punto de la austera ciudad capitalina que admitía vida nocturna, quedaba a sólo un tiro de piedra desde allí. Una vez en aquel bulevar, sería un juego de niños confundirse entre los alegres noctámbulos que no entendían de otra cosa más que de festejar la vida.

Pero el frustrado asaltante, pese a la centelleante manera de mover las piernas, por ese lado tampoco llegó lejos. Pasó junto a la mujer que poco antes le creyera algo del borracho, sin advertir su presencia, no obstante que ahora permanecía to-

talmente al descubierto, quizá para observar mejor las incidencias que se desarrollaban cerca de ella. Lacabra, en esta ocasión, obtuvo sin duda una plusmarca de velocidad, puesto que parecía volar en vez de correr. Sin embargo, cuando se hallaba en un tris de virar la esquina, varios hombres de capote, armados de escopetas, le salieron al encuentro. En fracciones de segundo, Lacabra cambió en ciento ochenta grados la dirección de sus pasos y se puso a correr con mayor velocidad que antes, llevando detrás a sus perseguidores, que le seguían cada vez más rezagados. Corría exactamente como lo hacen las liebres acosadas por un lebre: dando grandes saltos y culebreando. Y gracias a su agilidad conseguía impedir que le alcanzaran los disparos que le hacían desde atrás.

En su loca carrera, el hombre de ébano, llegó al sitio donde se hallaba la mujer y, sin notar su presencia, la superó como un meteorito. Abrigaba la esperanza de que el solitario y ruidoso vigilante, que no cesaba de hacer sonar su silbato, resultase incapaz de contenerlo, ya que parecía menos fuerte que él y esto le haría pensar dos veces. Ciertamente, como soldado al poste del farol, el uniformado daba la impresión de carecer de arrestos para moverse siquiera. Una vez que hubiese puesto fuera de combate a éste, ganaría las faldas de la colina del Panecillo, ya que se hallaba justamente

al pie de él, y entonces no tendría dificultad para esconderse entre su enmarañado chaparral. Mas de pronto, el sujeto a quien creía inerte, adquirió movilidad y demostró que tampoco estaba solo. Ahora, respaldado por tres corpulentos colegas suyos, armados hasta los dientes, y exhibiendo mayor animosidad que sus perseguidores de retaguardia, caminaba a su encuentro, ávido por darle la bienvenida. Esta complicación puso fin a las esperanzas de evasión del delincuente, y consciente de que, en semejantes circunstancias, más le valía perder la libertad por unos cuantos meses que definitivamente la vida, se detuvo y levantó los brazos con mansedumbre. No tenía escapatoria. La suerte acababa de jugarle una pésima guasa.

CAPITULO TRES

La salvadora

La jauría humana en la que se había convertido el grupo de vigilantes nocturnos amenazaba con despedazar vivo al pobre negro que, sin saber cuál de los dos bandos sería más implacable con él, daba cortos traspies, ya hacia un lado, ya hacia otro, tratando a toda costa de retardar por un instante más el castigo que le tenían reservado. Y fue en ese instante cuando alguien situado a sus espaldas, tomándolo por un brazo, le haló hacia el interior de una casa, procediendo de inmediato a cerrar su sólida puerta provista de recios cerrojos.

—El peligro ha pasado —susurró al oído de Lacabra la misteriosa persona que se hallaba junto a él, oculta en la oscuridad del recinto cerrado. No obstante, el aludido, advertido por el perfume que de ella provenía y por la inflexión de su voz, supo que se trataba de una mujer. Pero ¿quién podía ser ésta? Se había olvidado por completo de la dama que poco antes la viera pegada a la puerta cerrada—. Luego de un rato, cuando todo se haya calmado afuera, nos iremos de aquí en busca de un lugar más seguro donde se pueda pasar la noche

con mayor tranquilidad. Afortunadamente, esta casa cuenta con una salida que da al lado posterior de la manzana.

Y después de mirar brevemente a través del ojo de la cerradura de la puerta, añadió riendo quedamente:

—Venga, amigo mío, y mire por aquí lo que ocurre afuera.

El aún estupefacto joven, sin proferir comentario alguno, hizo lo que le pedían. Gracias al resplandor del alumbrado público, vio los rostros de varios hombres, pálidos como los de los muertos, mirando la obstruida puerta que se interponía entre ellos y él. Durante un breve lapso permanecieron allí, demasiado asombrados como para conseguir de inmediato moverse o articular palabra. Luego desaparecieron repentinamente valiéndose de la presteza de las piernas.

—Se han ido —dijo con alivio Lacabra—. El camino está despejado.

—Sí —afirmó la dama, como si también ella hubiera presenciado la desbandada de los medrosos vigilantes—. Se han ido y por lo que queda de esta noche no volverán por aquí. Sin embargo, a través de las ventanas, mil ojos examinan este lugar. En cuanto pisásemos la calle, toda la vecindad se volcaría a ella para cortarnos el paso. Mas por qué preocuparnos si, como le decía, esta casa

cuenta con otra salida que nos permitirá alejarnos sin peligro.

—Señora —enunció Lacabra, conmovido casi hasta las lágrimas al verse objeto de la gentileza de alguien completamente ajeno para él—, ¡ignoro quién es usted y el motivo que le impulsa a socorrerme, pero le estoy infinitamente agradecido por la oportuna ayuda que, sin reparar en las posibles implicaciones que de su acto humanitario pudieran devenirle, me brinda generosamente usted! Sin embargo, permítame formularle una pregunta: ¿Por qué se arriesga usted por un ilustre desconocido y, por añadidura, un pobre negro como yo?

—Generalmente me gusta hacer el bien sin mirar a quién —explicó la mujer, mentando aquel viejo adagio que preconiza que la generosidad, al igual que la justicia, debe ser ciega para mayor mérito de quien la concede—. Además, da la casualidad que el negro es mi color favorito.

Lacabra, a pesar de la envolvente oscuridad, empezó a ver el mundo color de rosa.

—En cuanto a mi identidad —prosiguió la mujer—, me sorprende que usted aún no lo haya advertido, sobre todo ahora, que como nunca antes, a la gente se le ha dado por hablar de mí. Me llamo Alba: el nombre que designa la difusa luz que nace de la noche... ¡Vamos! ¿Ni siquiera mi nombre

le dice nada? Y bien, caballero ¿cuál es el nombre suyo?

—Me llamo Iván Lacabra. Para servir a Dios y a su merced —respondió el aludido, luego de un instante de haber hurgado inútilmente la memoria con el fin de recordar algo conexo con la dama que decía llamarse Alba—. Soy natural de Playa Linda, un idílico rincón de la provincia verde de Esmeraldas, donde residen mis padres, hermanos y demás deudos y donde...

—Vamos, vamos, mi buen amigo Iván, me basta con lo dicho —interrumpió la dama—. ¡Por ahora aténgase sólo a dejarse guiar por mí! Conozco esta casa como si la fuera mía y tengo la seguridad de que sabremos evitar el introducirnos en el laberinto de sus intrincadas galerías. Tome mi mano.

Lacabra asió feliz una mano diminuta, una mano nívea y tersa, esculpida en alabastro, aromada cual un lirio del vergel exuberante de un lugar raro y distante, y al fin supo por qué Venus, la que Milo cincelara, se ve ahora mutilada. Esa mano primorosa su mentora la tenía.

Así, tomados fraternalmente de la mano dejaron el zaguán, inmerso en una espesa lóbreguez, y llegaron a campo abierto, donde el techo constituía un cielo cubierto de radiantes estrellas. Sólo entonces pudo ver a su protectora y regalarse con su

contemplación. Lacabra no recordaba haber visto tanta belleza congregada en una sola mujer.

Era una criatura deliciosa, hermosa y fascinante, como no había otra en la vasta demografía de la capitalina metrópoli. La célica lozanía de sus dieciséis años manifiesta en la delicadeza de su tez nacarina y tersa, cual soplo divino, proveía de dúctil animación a su cuerpo grácil de armoniosos y suaves contornos. Su seráfico rostro, flanqueado por una abundante cabellera que se le deslizaba como una cascada de oro por la espalda, poseía la configuración de un óvalo perfecto. Dentro de este perímetro oval, dos hermosos y grandes ojos que habían tomado para sí el tinte de la flor de jacaranda, daban vida a una sonrisa seductiva radicada en el misterio y el encanto. La nariz fina y correcta que realzaba la fascinación de aquella agraciada faz, surgía de entre dos luceros e iba a detenerse cerca de una boca sensacional —carnosidad frutal de unos labios rojos—, que al entreabrirse mostraba una doble hilera de dientes menudos y parejos que parecían elaborados en perlas preciosas.

Vestía de oscuro flameante, como si su atuendo hubiese sido confeccionado en el sedoso y relampagueante tul que viste la bruma a la hora de la tempestad, y un delicado aroma de hierbabuena que proveía de ella volcaba en el cáliz de la noche.

Y aquella beldad, que se diría un poema inspirado en el hechizo que despliega la estrella matinal, situada junto al hombre de ébano, le sonreía a éste con sus magníficos ojos azules, llena de cortesía.

Era su ideal hecho realidad.

La noche, aunque iluminada confusamente por las estrellas, avalaba el tránsito de las personas sin el peligro de un imprevisto tropezón, no obstante el hombre de ébano prefirió continuar el camino asido de la mano de la joven. De pronto se vio en un gran patio pavimentado de mayólica, cuyo centro se hallaba ocupado por una gran pila ahora quieta y silente, pero que en su pasado lejano alegró sin duda su entorno con la presencia y música de múltiples surtidores de platinado líquido. La curvilínea superficie de la fuente, atiborrada de elaboradas representaciones de dioses andinos, perseguidos por el cristianismo, se veía cubierta de una bronceína pátina que hablaba de una venerable ancianidad. En su derredor, que comprendía casi todo el espacio de la plazoleta abundaban exóticos y marchitos árboles ornamentales cuya decrepitud conmovedora parecía ser el oneroso precio de su pasado de esplendor. Allí no existía una flor, ni siquiera una hierba fresca que animara el recinto con su presencia. Y al fondo, media confundida por las sombras, se alzaba una ancha escalera, construida en níveo y frío mármol, que aún

prometía cómodo acceso a las destartaladas habitaciones superiores de la vetusta mansión, la cual, desierta sabe Dios desde cuándo, era el escenario más a propósito como para encontrarse de repente con un fantasma.

Pero nuestro hombre, que tenía los sentidos fijos en su protectora, no habría notado ni siquiera la presencia de una legión de espectros en caso de presentárselos.

Recorrieron y dejaron el primer patio y procedieron de igual modo con el segundo y el tercero, y luego, avanzando por interminables pasajes situados entre edificios ahora deshabitados también, salieron por fin a la calle. En ella todo era tranquilidad, y la certeza de que el peligro había sido conjurado redobló la alegría que experimentaba Lacabra. Se hallaban en la calle Bahía de Caráquez, de espaldas al Panecillo, cerro que se levanta en medio de la ciudad y al cual, según los adeptos a la fantasía, se le atribuye origen artificial. Y por iniciativa de la joven tomaron la calle Sebastián de Benalcázar, en dirección norte**.

—Conozco cierto lugar situado discretamente en la calle Briseño —dijo confidencialmente Alba, en cuanto empezaron a transitar por la citada calle—. Allí nos espera una noche inolvidable, una noche que usted no podría olvidarla aunque le fuese dado vivir mil años.

Iván descartó que el lugar al cual se refería con tanto entusiasmo su compañera fuera la propia casa de ella, donde sin duda vivía junto a su familia, y supuso más bien que se trataría de uno de esos centros de diversión, exclusivos para gente distinguida que no escatima egresos cuando de paladear la miel de la vida se trata, y que él, desdichado descendiente de Cam y discípulo de Caco, los conocía apenas de oídas. ¡Demonios! Un lugar inaccesible a la mezquina plebe. No obstante, reflexionó que si era cierto que de noche todos los gatos son pardos, un individuo de color podría muy bien pasar desapercibido en una feligresía de noctívagos asistentes que, además de emplear el tiempo y las energías en divertirse, no tendrían ojos más que para su respectiva pareja. Y al llegar a esta conclusión, las últimas palabras de la dama le supieron a mil violines tocando en la antesala del paraíso.

Apenas podía creer lo que le estaba sucediendo.

Seguro de que finalmente acababa de iniciar una relación decente, se sintió ungido por la felicidad. Situado en la cumbre de su dicha, exento de animosidad, vio desfilar por la memoria la cadena de frustraciones sentimentales que hasta entonces se habían abatido sobre él. Y, como algo remoto y ajeno, evocó su anterior aventura amorosa.

CAPITULO CUATRO

Recordando un fugaz romance

En los últimos tiempos, su delirio por captar el amor de una mujer blanca había crecido a la par con su complejo de inferioridad. La impotencia de poder ascender un solo peldaño en la escala social, laceraba su dignidad y le hacía sentir miserable como un perro desamparado. Qué no habría dado él por contar con el amor de una mujer blanca, hermosa, decente y, además, subyugada por su hechizo varonil. Con seguridad, de tener la certeza de que el diablo fuera tan cándido como para comprar almas, que tarde o temprano irían por su propia cuenta a caer en sus manos, lo hubiese buscado para ceder gustoso la suya a cambio de la mujer de sus sueños.

Lo cierto era que jamás escatimaba esfuerzo para ver plasmada en realidad su ensoñación. Sin embargo, los fracasos habían sido tantos que se sentía ya como una especie de veterano en frustraciones sentimentales. A la sazón, en el espejo de su memoria permanecían aún nítidas las imágenes de aquel fugaz romance vivido meses atrás con

una misteriosa mujer blanca de quien ni siquiera le fue posible conocer su nombre.

Y precisamente ahora, cuando parecía no haber sitio más que para celebrar el advenimiento de su buena estrella, el caballero de ébano no pudo impedir que su mente fuera asalta por el recuerdo de la mujer que, con sus artimañas, estuvo a punto de edificar su perdición. Y a su pesar fue recreando los tremebundos episodios vividos con ella.

La dama en cuestión se aproximaba mucho al arquetipo de la mujer con que poblara los sueños de Lacabra. Poseía ojos y cabellos claros, facciones agradables y anatomía bien conformada. Ella, aunque sin ser expresión de belleza, era por cierto bastante bonita. La conoció casualmente una mañana en que acudió a la Iglesia del Robo***, para encender una vela a san Dimas, el buen ladrón, y también para aprovisionarse de agua bendita, como tenía por costumbre efectuar allí de vez en cuando. Luego de cumplida su devoción, merodeaba subrepticamente cerca de la puerta del sagrado recinto en espera de cierta anciana presumiblemente rica a quien poco antes la viera ingresar en él. Mas, antes de que reapareciera la longeva y opulenta dama, vio extasiado cómo una linda joven que acababa de salir del templo, asida del brazo de un caballero de avanzada edad, de quien parecía ser su hija, le dedicaba dulces miradas mien-

tras caminaba volviendo insistentemente la vista hacia él. El hombre de ébano, sintiéndose de repente objeto de la atención de una mujer blanca, cambió de color y, presa de la turbación, ni siquiera se arriesgó a retribuir con una sonrisa el homenaje que le ofrecían. Con los pies pegados a tierra y la boca abierta, se limitó a observar cómo la joven mujer, aferrada al brazo del anciano, se distanciaba poco a poco hasta desaparecer luego absorbida por la multitud.

Lacabra aún no se había repuesto totalmente de su asombro, manteniéndose estático en el mismo sitio que había quedado, cuando, con renovado asombro, volvió a distinguir a la joven. Ahora caminando sola y en su dirección, contoneándose y dejando fluir de sus lindos ojos una sonrisa aun más seductora que la de antes.

—¡Caballero! —le saludó con musical y acariciadora voz en cuanto se situó junto al perplejo moreno y mientras le extendía la mano diestra con efusiva franqueza—. Conozco apenas la ciudad y siento viva curiosidad por ver más allá del limitado trayecto comprendido entre mi casa y la iglesia que frecuento. Y créame usted, señor mío, que tengo noticias de lugares que me gustaría conocerlos. ¿Sería usted tan bondadoso como para avenirse a ser mi cicerone? Pues créame que usted me

inspira confianza, y pienso que en su compañía yo recorrería segura no sólo la ciudad sino lo que me queda por vivir.

Lacabra dijo atropelladamente que le encantaría guiarla, en tanto que aceptaba gustoso la delicada mano que le ofrecía la dama, feliz de ver conmutada en realidad su mayor ilusión. Una naciente alegría, que le confería a su vez una extraña y grata sensación, sustituyó al embeleso y se veía ya inmerso en la selva de cemento, protegiendo a su dama del furor de los lobos. Si bien, también él lo era un lobo, pero lo era de los buenos, que lo único que aspiraba era amor.

Mas cuando Lacabra se disponía a ponerse en marcha, ávido por demostrar que tal invitación no lo habían formulado a un sordo, la mujer le susurró presurosa y con visibles muestras de nerviosismo, advirtiéndole que en ese momento no podía ser, ya que presentía que era vigilada, sino en otro que pronto lo elegiría cuidadosamente. Añadió que la esperase en el *Churo* (caracol) de la Alameda, luego de tres días, a las siete de la noche. Entonces, los dos juntos, solos, al abrigo de miradas indiscretas y únicamente con la complicidad de las estrellas, programarían el itinerario que debían recorrer. Y sin esperar respuesta del hombre de Playa Linda, que no cabía en su gozo, la agraciada mujer se alejó ágilmente.

Los días transcurrieron para Lacabra lentos y perezosamente, aunque aureolados de fastuosas perspectivas. Durante aquel lapso apenas atendió las faenas de la profesión ocupado en prepararse para la romántica cita a realizarse en el *Churo* de la Alameda.

Al iniciarse la noche de la fecha designada por la rimbombante mujer, momento esperado con ansiedad por el romántico caballero de color, se hallaba éste listo para acudir a la entrevista. Había escogido traje, zapatos y jipijapa de albo color, que contrastaban violentamente con el negro de su rostro y de sus manos, pero que no obstante le sentaban bien y le otorgaban además ese aire de elegancia tropical. Maestro en el arte del mimetismo, de un momento a otro había adoptado la distinción de un alto ejecutivo de la banca del litoral o de un ministro de Estado. Por cierto, si en la República del Ecuador de entonces hubiese sido posible que un negro llegara hasta niveles sociopolíticos tales. Y luego de persignar con el dedo humedecido en el agua bendita que, en un frasco aplanado, solía llevar consigo como el adicto del alcohol su *caminera*, y de evaluar por enésima vez el collar de perlas que tenía en mente obsequiarlo a su dama, abandonó su tugurio y se dirigió al lugar de la cita.

Caminaba ahora no con el acostumbrado sigilo de un lobo, sino repiqueteando con los tacones el pavimento de la calle, como lo haría un jactancioso conquistador seguro de tomar la ciudadela enemiga bajo el fuego de su primer asalto. A pesar de esta demostración de ímpetu, buscó las calles menos frecuentadas, en prevención de evitar un encuentro fortuito con los agentes del orden que de un tiempo acá le pisaban los talones y que sólo gracias a un milagro no le habían echado el guante todavía. Temía sobre todo ser interceptado por el pesquisa Sarango, un lojano de mala uva, que se había propuesto atraparle in fraganti. Y, como nunca antes, deploró que el susodicho sabueso se mostrara insobornable.

Ningún contratiempo surgió en su recorrido, trayecto comprendido entre la Calle del Aguarico (hoy calle Ambato), que era donde él tenía su cueva, hasta el *Churo* del parque de la Alameda, consiguiendo llegar con antelación a la hora fijada para el encuentro. Ingresó en el triangular bosque por su ángulo sur y avanzó hacia la colosal obra arquitectónica, ubicada en el ángulo noroeste, sintiendo galopar de felicidad el corazón. La pétreo espiral, construida a semejanza de la célebre Torre de Babel, aunque no para alcanzar el cielo como ésta, sino nada más que para contemplar desde su cúspide la ciudad, le recibió semioculta en la pe-

numbra de la naciente noche que la débil luz de los faroles adyacentes no conseguía disiparla del todo. Su borrosa silueta, enclavada en el bruno cielo, le aseguraba al galán, habituado a desenvolverse al amparo de las sombras, que se hallaba en su elemento.

El caballero de ébano, aureolado por una dulce esperanza, que le inspiraba candorosas emociones, miró con simpatía rayana en la devoción a las parejas de enamorados que paseaban despreocupadas bajo los susurrantes árboles u ocupaban las banquetas del parque, mientras se acercaba al lugar y al instante que constituirían el punto de inflexión hacia la soñada felicidad. Renunció de plano a todo comportamiento que, por sus motivaciones nada edificantes, pusiese en riesgo su actual tranquilidad espiritual y adoptó la decisión de dejar pasar por alto la oportunidad de atracar a los desprevenidos ciudadanos que se cruzaran en su camino. Ahora habría aceptado complacido que era mejor dar que tomar. El enamorado ladrón, como se suele decir, respiraba generosidad por todos los poros.

Sin embargo, cuando se hallaba junto a la base de la pétrea espiral, percibió algo que le hurtó de pronto la alegría. Pues vio alarmado cómo una persona, en la cual creyó reconocer al aborrecido agente Sarango, le acechaba parcialmente oculto

detrás del tronco de un árbol, seguro de que él (Lacabra) no advertiría su presencia. Por un momento, pensó en retirarse y evitar así situaciones embarazosas. Pero luego se dijo que la excitación, actuando como la ebriedad, le hacía ver cosas extrañas. Además, aun cuando si la visión hubiese sido real, de muy poco le iba a servir al sabueso presenciar el encuentro de un ladrón con una acendrada dama guiado únicamente por motivaciones románticas. Se olvidó del incidente y siguió adelante.

CAPITULO CINCO

En la cima del *Churo* de la Alameda

A esa hora, como era de esperar, la empinada vía que forma la pétrea espiral, se hallaba libre de asistentes que hubieran podido quebrar el encanto de aquel encuentro con su indiscreta presencia. Sin embargo, por fuerza de la costumbre, se detuvo para mirar su derredor con el mayor disimulo. Se hallaba nervioso y no podía desechar la posibilidad de que alguien le acechara, pues su intuición de avezado ladrón le advertía. La fugaz visión del aborrecible sabueso un instante antes tal vez no era sólo fruto de su imaginación. Pero nada sospechoso detectaron sus ojos. Entonces, complacido de que no hubiera moros en la costa, inició el ascenso con el ánimo acariciado por la ilusión y vio enseguida configurarse ante sí la imagen de la gloria. Allí, de pie sobre la circular glorieta donde concluía la última vuelta de la espiral, estaba ella, mirándole sonriente. Su cabello continuaba siendo áureo, las líneas de su anatomía seguían siendo peligrosamente curvas y sus ojos continuaban siendo hermosos como luceros. Se la veía aun más linda que antes.

—¡Iván! —profirió la mujer, sorprendida e insegura a la vez. Las sombras que la noche derramaba con profusión, le impedían distinguir cabalmente al hombre que se le acercaba.

—¡Cómo! —se extrañó Lacabra— ¿Es que usted conoce ya mi nombre? —recordaba perfectamente que durante la breve entrevista anterior no se lo había dicho. Además, ella ni siquiera le había dado tiempo a que pudiera formular una frase y que, en consecuencia, sus respuestas no habían excedido de los monosílabos.

—¡Oh! —se sorprendió la dama, dándose cuenta que acababa de cometer una lamentable imprudencia. Pero intentó salir del lío apelando a una ocurrencia que le vino en su auxilio— Vamos, ¿acaso desconoce usted que a todo hombre terriblemente guapo se lo dice “Iván”? También otras le habrán llamado así. No lo niegue.

Alguna cultura poseía el negro gracias a la lectura. En efecto, cierta vez, hojeando por casualidad la historia de Rusia, se informó algo sobre el más terrible de los Zares, Iván el Terrible. Dio por cierta la justificación de su amada y no la puso en duda.

—¡Oh! Al fin llega usted —suspiró la mujer, dando por concluida la referencia escolástica y colocando amistosamente sus delicadas manos sobre los musculosos brazos de Lacabra, quien se mos-

traba cohibido y sin saber qué actitud tomar—. La espera ha sido larga. Créame que por un momento llegué a temer que no viniera. Lo cual hubiera sido fatal para los dos, ya que en lo posterior hubiese sido imposible volver a vernos. Pues sepa usted que el ogro con quien vivo me tiene secuestrada. Me impide salir de casa en prevención de que alguna alma caritativa intentase socorrerme. Hoy, ventajosamente, la suerte no ha conspirado en mi contra, permitiéndome burlar la vigilancia.

—¿Tan celoso es su señor padre como para no consentir a usted relacionarse con nadie? —consiguí decir Lacabra, venciendo la timidez— Sin embargo, siendo usted tan bonita como lo es, no le falta a él razón para atesorarla como la más valiosa de las joyas. Amor de padre, en todo caso.

—¡Vamos! —se mostró extrañada la dama— ¿Qué tonterías dice usted? El monstruo al cual me refiero, que por cierto es el mismo asqueroso veje-te con quien me viera usted el otro día, no es mi padre sino mi esposo (Lacabra palideció al saber que ella estaba ya casada, que era una fruta prohibida). Hace cinco años, cuando yo no era más que una inocente niña, el malvado viejo, valiéndose en parte de la fuerza de su riqueza y en parte de su astucia, logró convencer a mis padres para que me la dieran por esposa suya. Desde entonces no he sido yo más que su esclava en quien el infame an-

ciano ha practicado todo el sadismo que la mente más depravada pudiese concebir (ahora el negro le miró con piedad). Y créame usted que me resulta ya imposible soportar un minuto más este calvario. Pero ¿cómo alejar de mis labios el cáliz de amargura que debo apurarlo día tras día? ¿Abandonando al monstruo? (al delincuente se le brillaron los ojos de alegría) Mas, ¿cómo conseguirlo? Él me buscaría y me haría asesinar —apretándose al joven como si buscara en su pecho la protección que insinuaba necesitarla, continuó con lastimera voz—: ¡Sálveme usted, por lo que más quiera! Sólo un valeroso y magnánimo hombre como usted puede ser mi salvación. A cambio me comprometo a ser la esclava de usted por lo que me queda de existencia. ¿Acepta mis condiciones?

—¡Sí! ¡Acepto... acepto encantado! —se apresuró a decir Lacabra, temeroso de que la dama fuera a cambiar de parecer, y la encerró en el cerco de acero de sus musculosos brazos— Señora, pongo mi vida enteramente a su disposición. Dedicarme a servirle será un deleite para mí.

El contento le tenía fuera de sí al *playalindense*, que por un momento estuvo a punto de asfixiar a la frágil mujer con la presión de su abrazo. La tenía tan cerca de sí, que los labios de ambos casi se juntaban, sin embargo, él no se atrevió a besarlos. Pese a la audacia con que regularmente solía en-

frentar las situaciones más difíciles, temió que la presteza en un asunto tan delicado como éste pudiese resultar contraproducente. Al ritmo que avanzaban las cosas, era mejor esperar la iniciativa de ella, que no tardaría en apretar la boca contra la suya.

Mas nada de eso ocurrió.

—¿Entonces está usted de veras dispuesto a ayudarme? —expresó la mujer, empujando sobre la punta de sus pies para poder rodear con sus brazos el recio cuello del hombre— Si es así, tenga la seguridad de que no habrá servido a una ingrata. Pero, antes que nada, sepa también que las actuales circunstancias no admiten tardanza. Pues, ¿no ha oído usted decir alguna vez que en la tardanza está el peligro?

—¡Claro, claro, sí que lo he oído! Precisamente aquélla es la frase predilecta de mi padre, quien no soporta indecisiones, sobre todo ajenas.

—¿Me llevará, por tanto, ahora mismo con usted?

—Pues claro que la llevaré conmigo ahora mismo. Aquello será mi mayor felicidad. Mi sueño no ha sido otro que el de presentarme en mi aldea del brazo de una mujer blanca y hermosa.

—No lo dudo. Sin embargo, temo las represalias de mi esposo. Estoy segura de que no vacilará en asesinarme.

—Eso no sucederá, reina mía, ya que él jamás conseguirá dar con nuestro paradero. El lugar adonde le llevaré se halla prácticamente en el fin del mundo. Para llegar allí hace falta primero viajar hasta Guayaquil, en ferrocarril, y luego, en barco, hasta Playa Linda, que es la aldea donde formaremos nuestro idílico nido de amor. Total de tiempo invertido en el viaje, once días con sus respectivas noches.

Lacabra hubiera querido ser más explícito, ya que de locuacidad no carecía, pero la perspectiva de llegar a su aldea en semejante compañía, le distrajo. Se vio de pronto en medio de sus bulliciosos coterráneos, que se arremolinaban eufóricos en su torno para rendirle pleitesía. Unos cuantos negros le felicitaban por el acierto en elegir una real hembra como compañera, mientras otros, jóvenes en su mayoría, le observaban verdes de envidia. En cambio las negritas casaderas, resentidas por lo que creían ellas una deslealtad a la raza y un desaire a las aspiraciones hogareñas cifradas en él, le dedicaban sin disimulo oblicuas miradas.

—Ni pensarlo —suspiró la mujer, interrumpiendo la ensoñación de Lacabra, quien, inmóvil y silencioso, tenía la mirada hundida en la negra mar de la noche, como fascinado por alguna estrella invisible—. Pues no seré yo quien huya del ogro.

Tampoco creo que a usted le agrade la idea de convertirse en fugitivo perpetuo.

—Pero ¿teme usted que el ogro le vaya a asesinar en cuanto dé con nuestro paradero? —inquirió Lacabra sin entender.

—Por supuesto que lo temo. No obstante, nada podrá hacer él si le adelantamos nosotros —aclaró de la manera más dulce la hermosa señora—. A grandes males, grandes medicinas. Lo liquidaremos... digo, lo liquidará usted ahora mismo. Y una vez que el vejete haya desaparecido para siempre, usted y yo habremos encontrado la dicha sin necesidad de escondernos ni de alejarnos de aquí. ¿Qué le parece mi plan? ¿Verdad que más perfecto no puede ser? (El negro, víctima del espanto, abrió desmesuradamente los ojos) Vea usted cómo procederemos a partir de este instante: Nos alejamos de aquí, por caminos separados, rumbo a mi casa. ¿Comprende usted? (El negro nada dijo, el terror le ataba la lengua) ¡Me alegra que lo haya comprendido! Una vez en casa, ingreso en ella, dejando por cierto sus puertas apenas entornadas, para que usted economice tiempo en forzar las seguridades. Espera usted unos minutos afuera y luego entra en la casa, degüella al vejete, toma de su recámara algunos objetos de escaso valor, para simular que el móvil de todo lo acaecido no fuera más que el robo, y se va tranquilamente. Y bien,

mañana a esta misma hora, nos volvemos a ver aquí, para diseñar nuestro común porvenir. ¡Ahora, futuro esposo mío, manos a la obra! —y, deslizándose con la agilidad de una anguila de los brazos que le aprisionaban, se dispuso a alejarse de allí cuanto antes.

Lacabra, horrorizado por lo que acababa de oír, dejó caer sus brazos, sin fuerzas para retener a aquella diabólica mujer que le pedía cometer un horrendo crimen. Incapaz de asimilar con serenidad el golpe psicológico recibido, vio que el cielo de su más cara esperanza se le venía abajo y empezó a retroceder presa del pánico. ¡Dios mío! ¡Qué era lo que acababa de escucharlo! La mujer se había equivocado diametralmente de candidato, ya que él, si bien era un ladrón contumaz, en modo alguno era un asesino. Por el contrario, evitaba a toda costa la violencia en cualquiera de sus múltiples expresiones y se ponía enfermo a la sola vista de sangre.

Retrocedió sobrecogido hasta cuando la baranda de hierro, que cercaba la glorietta, le contuvo. Desde allí miró desesperado a la mujer, que poco antes la tuvo en sus brazos, caminar con movimientos sinuosos. Fue entonces cuando, haciéndose cargo de pronto de la enormidad del encargo, exteriorizó con energía su sentir:

—¡Señora! —dijo— Sabe Dios que le amo a usted con locura, mas ésta jamás será tan grande como para cometer un asesinato. Es más, si ese es el precio que usted exige por su amor, renunció irrevocablemente a él. Señora, estoy convencido de que usted precisa más de un matarife que de un amante. Buenas noches.

La mujer sufrió un respingo y se detuvo en el acto. Mirando desconcertada a Lacabra, dijo mimosa:

—¿Bromea usted, verdad amor mío?

—No bromeo —replicó el aludido aun con mayor energía que antes—. Sépalo usted que soy un negro con dignidad. Es todo. ¡Hasta nunca jamás!

Fue suficiente para que la mujer, olvidando su fingida delicadeza, se convirtiese en pantera enfurecida. En el lapso de un segundo volvió sobre los pasos que había dado hasta entonces y, con las garras y dientes por delante, dispuesta a vaciar los ojos de quien había osado transgredir sus órdenes, se abalanzó hacia él mientras blasfemaba como un condenado. Lacabra la vio acercarse sin hacer nada para evitar la agresión. Parecía no conceder importancia a la posibilidad de llegar a perder la nariz o los órganos de la visión como consecuencia de la inminente embestida. Qué iba a importarle unas cuantas cicatrices en su faz si tenía ya el alma triturada. Sin embargo, en el preciso instante

en que las uñas de la rugiente fiera entraban en contacto con su rostro, evitó el zarpazo con un movimiento reflejo que empujó la espalda violentamente hacia atrás. ¡Movimiento fatal! Perdió el equilibrio y, por un breve lapso, quedó en posición horizontal, balanceándose, apoyado únicamente con la cintura sobre la delgada varilla que coronaba el cerco de hierro. Y de pronto se precipitó al vacío.

Está comprobado que la caída de una persona desde una altura de tres metros, sobre el pavimento, es más que suficiente para matarla. Y la altura desde la cual se precipitó fortuitamente Lacabra tenía por lo menos cuatro. Añádase el impulso liberado por el enérgico movimiento efectuado para evadir la agresión de la mujer. Auméntese también que al descender llevaba la cabeza por delante. Y agréguese además la dureza basáltica del pavimento que detendría la marcha de aquel proyectil humano. En suma, un mortífero menú. Por tanto, el golpe de semejante caída se escuchó como el desplome de un árbol, que en el silencio de la noche retumbó e incluso produjo ecos. Pero una fracción de segundo antes de aterrizar, mientras se acercaba al suelo a velocidad supersónica, pudo ver a Sarango agazapado no lejos de allí, atento a todo cuanto sucedía a unos metros más arriba de él. Y pese al terror provocado por la inminencia de

su muerte, pudo meditar con brillantez sobre semejante descubrimiento. Fue entonces cuando la luz se hizo en su razón y vio con absoluta claridad la verdadera intención que se traía la misteriosa mujer respecto a él. Un monstruoso esquema urdido por Sarango y secundado por la arpía de su amante, para complicarlo con un crimen del cual se beneficiarían los confabulados.

El desdichado hombre chocó contra el suelo y rebotó en él repetidas veces (de ahí los sonidos que parecieran ecos) y luego quedó inmóvil, empapándose en la sangre que manaba de su partido rostro como un surtidor.

Mas el destino fue benigno esta vez con Lacabra. Una caída así habría terminado fácilmente con un elefante, pero al hombre de ébano tan sólo le dejó sumido en la inconsciencia por unas cuantas horas. Pues aún era noche cuando volvió en sí. Se incorporó de inmediato y, pasando con indolencia sobre unos trozos de blanco y duro material, del tamaño de los granos de maíz, que se hallaban esparcidos a su derredor, se alejó del fatídico lugar. Mientras caminaba tuvo la sensación de que algo que lo llevara siempre consigo lo había perdido. Al principio se dijo que el objeto faltante debía ser el collar de finas perlas con que pensaba agasajar a la arpía, pues una cosa así era de esperar lo tratándose de un encuentro con gente

de su calaña. Pero el collar continuaba en el sitio que lo había depositado antes. ¿Sería la cartera entonces? Tampoco. Ella seguía en el lugar de siempre. ¡Oh! ¿Era entonces la botellita de agua bendita lo que le faltaba? No, definitivamente no. Pues la conservaba y, pese a lo frágil de su material, milagrosamente intacta. Entonces, ¿qué? Nada que no fuese su dignidad, supuso, sintiendo un extraño sabor en la boca.

Y sólo cuando ingresó a su habitación y se enfrentó al espejo, vio con pavorosa angustia lo que realmente le faltaba. ¡Su alba y hermosa dentadura! Sufrió lo indecible ante la perspectiva de verse en lo sucesivo nutriéndose de mera papilla, además de verse forzado a ir por el mundo exhibiéndose como un repugnante gusano. Y en cuanto se percató de que un negro desdentado tenía menos posibilidades con las mujeres blancas que un negro con la dentición intacta, estuvo al borde del colapso. Sin embargo, no tardó mucho en llegar a la conclusión de que semejante pérdida a la postre le redundaría más bien en ganancia. La ordinaria dentadura faltante la remplazaría íntegramente por una de oro macizo que, por su esplendor, atraería la atención de las mujeres de cara pálida como la miel a las prietas moscas. Y sólo en cuestión de unos cuantos días lo tuvo solucionado el problema.

CAPITULO SEIS

En la grata compañía de Alba

—Le noto a usted un tanto distraído, ajeno a la gratificante realidad que nos concierne mutuamente. Su comportamiento es de quien dejara vagar la memoria por mirajes de una aventura galante —se quejó Alba, dejando aflorar en su voz preocupación y descontento a la vez. El discípulo de Caco se quedó asombrado, sin saber cómo pudo ella haber penetrado en sus pensamientos. Batallaba con este dilema cuando la perspicaz dama, separándose de él fue a situarse frente a un farol, cuya luz la iluminó en toda su intensidad su mayestática belleza. Adicionó—: Dígame usted con sinceridad: ¿Era ella tan hermosa como yo?

El hombre de abenuz, cogido in fraganti en su falta, que la consideró un crimen de lesa fidelidad, se sintió, al igual que Judas luego de vender a su maestro, acosado fieramente en la conciencia. Y si ese rato hubiese tenido a mano una soga, se hubiese ahorcado con certeza. Mas el sentimiento de culpa fue remplazado sin transición por otro de admiración. De pronto, deslumbrado por la perfección estética que ostentaba la joven, que ahora

podía contemplarla a cabalidad, un huracán de emociones se desató en su corazón, amenazando con desbordar su reducida ánfora para exteriorizarse con la fuerza de la explosión de un volcán. Y mientras su pecho era teatro de pasiones incontenibles, la miraba fascinado, sin poder abstraerse a su embeleso.

Presintió que se hallaba ante un ser sobrenatural, ante un personaje de estirpe angelical, que había acudido milagrosamente para rescatarle de la obsesión que amenazaba con volverle loco. Recordó haber visto en las iglesias imágenes de criaturas semejantes, glorificando a Dios o en cumplimiento de alguna misión encomendada por Él. Y a punto estuvo de prosternarse para adorarla como a un ser divino. Sin embargo, cuando más convencido se hallaba de la procedencia celestial de la joven, una sonrisa picaresca, burlona y nada beatífica, se dibujó en los azules ojos de ella, como adivinando lo que pretendía su protegido. Aquel gesto muy humano, socavó en éste la creencia concebida sobre el origen seráfico de Alba. Y perceptiblemente cohibido, pero feliz de que la dama no rebasase el plano de los humanos, respondió:

—¡Imposible! ¡Ninguna mujer conocida o desconocida puede en belleza compararse con usted! ¿Qué posibilidad tendría nadie? En cuanto la mujer a la cual se refiere usted, no era más que una

aventurera en busca constante de beneficiarse con la ingenuidad de los demás. En conclusión, una audaz mariposa que se regocija de revolotear entre el peligro, cuidándose de salir incólume, pero que puede terminar por quemar sus alas en la llama que pretende apagarla. Desde luego, sería impropio negar que yo, en mi desmesurado anhelo por contraer una relación decente con una mujer blanca, no me hubiese visto obnubilado por algo que al más necio no podía haber engañado. Mas esto, se lo aseguro, no pertenece sino a las sombras del pasado. Todo está olvidado. Mi verdadera existencia empieza realmente el instante en que la conocí a usted.

Alba no formuló comentario alguno sobre lo oído, limitándose a mirar a Iván con infinita ternura, y situándose junto a él, que no perdió la oportunidad de retomar su mano con presteza, insinuó con un gesto significativo continuar avanzando. Apretándose complacida a su pareja, manifestaba la satisfacción que ésta despertaba en ella. Un poco más allá, Iván, ateniéndose al inusitado clamor de su corazón, que dejaba relegada su característica timidez, se permitió rodear con su brazo los adorables hombros de la joven, que se estremecía de placer al influjo de aquel efusivo contacto.

Luego de unos cuantos minutos de recorrido, la calle transitada por la pareja, desembocó en la

Avenida 24 de Mayo, donde, no obstante lo tarde de la hora, la noche vibraba de vida. El tránsito motorizado, excepto algún taxi que circulaba esporádicamente, había cesado. Pero el continuo ir y venir de la gente, en grupos o en parejas, que ingresaban o abandonaban las casas de diversión, que en ese sector de la urbe crecen como las setas en los umbríos sitios del bosque, indicaba que allí la actividad se hallaba en su apogeo. Escandalosas risas, bromas subidas de color y aplausos apoteósicos, entremezclados con nostálgicas canciones reproducidas por las victrolas, hendían el silencio nocturnal como lo harían los frenéticos aullidos de una jauría de lobos acosados por el hambre. Sin embargo, los sonidos de aquella algazara endiablada, que aislados habrían resultado cual más ofensivo al oído, en conjunto no carecían de armonía ni de encanto. Sonaban como una melodía cadenciosa, primitiva, excitante... Era la canción de la vida espontánea.

Y en cuanto los acaramelados jóvenes, tan sólo de tránsito, aparecieron allí, fueron saludados por un alud de alusiones dedicadas a la belleza de la dama o a la buena estrella del hombre que le acompañaba.

—¡Hola, Mister Smith! —prorrumpió alguien con unas copas dentro, confundiendo a Lacabra con uno de aquellos negros jamaicanos que, en esa

época, laboraban en los ferrocarriles del país, como maquinistas, y a quienes la ciudadanía los motejaba indistintamente de “Míster Smith”—. Smith, ¡qué endemoniada suerte se maneja usted, amigo! No me diga que usted solo va a dar cuenta de todo ese delicioso pastel. Pues déjeme algo también para mí.

—¡Eh, guapa! —profirió otro, algo más bebido y menos comedido que el anterior— ¿Cuánto pagaste por el simio? Un hombre te hubiese salido más barato.

Mas quienes concitaran la atención de los dicharacheros noctívagos, ciegos y sordos a todo lo que no incumbiese a su romántico y común interés, continuaban su camino en indivisible unión, inmersos en un dulce coloquio convocado para consolidar el naciente vínculo sentimental. La plática no pudo ser más exitosa. Lacabra expuso magistralmente el repentino e inmensurable amor inspirado por Alba y ésta declaró haberse enamorado perdidamente de aquél. Él, iluminado de felicidad, ofrecía su vida a cambio de un beso de su amada. Ella, no menos dichosa, prometía complacer a su amador tan pronto como llegasen al lugar al cual se dirigían. Parecían haber nacido el uno para el otro y que al fin se habían encontrado.

El bullicio fue apagándose a medida que se alejaban de su fuente y pronto se extinguió completamente para rendir pleitesía al silencio absoluto que reclamaba la noche. Cuando se aproximaban al punto señalado por Alba, la ciudad, más que dormida, parecía desierta, hundida en la desolación absoluta. La noche, que envolvía todo en sus brunas alas, se deslizaba cargada de presagios nada alentadores

—¡Hemos llegado! —dijo Alba con satisfacción, desprendiéndose con delicadeza del abrazo de Iván, para recorrer deprisa algunos pasos y situarse frente a una puerta cerrada— ¡Es aquí donde vivo! ¡Ésta es mi casa, mi amado y encantador refugio! Es aquí donde he disfrutado los momentos más deliciosos de mi vida, pero también los de agobiante soledad.

Lacabra quedó desconcertado con lo que veía. Pues todo lo que tenía delante no era sino lo que quedaba de una de esas antiguas casas señoriales, que alguna vez fueran auténticos palacios, y que ahora, carcomidas por el tiempo y la ausencia de mantenimiento, se veían a punto de irse al suelo. Una enorme y deteriorada puerta bloqueaba el acceso, y pese a mantenerse cerrada, a través de sus fracturas se podía distinguir claramente el ruinoso estado del interior del edificio. Allí, ni el bienestar ni la seguridad podrían tener cabida, y difícilmen-

te podría encontrar precario refugio incluso alguien dispuesto a conformarse con poco. ¡Vamos! Pero ¿en qué crasa equivocación había incurrido él al suponer la casa, a la cual fuera invitado, como una especie de *night club*? ¿Es que una inocente niña como Alba podía estar familiarizada con sitios de dudosa proyección? En lo posterior debía aprender a no juzgar ligeramente a la gente.

CAPITULO SIETE

En la tétrica mansión

—¿Vive usted aquí? —inquirió Lacabra, desconcertado por el extraño domicilio de la joven— ¿En compañía de sus padres y demás familiares, seguramente? —la segunda de las preguntas, a todas luces, era ingenua e innecesaria, ya que a nadie en su sano juicio se le hubiera ocurrido pensar que una chiquilla pudiese vivir sola en aquella inmensa y ruinosa mansión. Sin embargo, la ingenua e innecesaria interrogación resultó determinante.

—¡Vivo con mi madre! —respondió la joven, a guisa de orgullo.

—¿Qué ahora estará a la espera de usted? —se alarmó Iván— ¿Consentirá ella mi ingreso a su casa?

—Mi idolatrada madre, créame usted, jamás interviene en mis decisiones, que se guían nada más que por mi albedrío —aseguró Alba, mientras acariciaba las oscuras manos de Iván, buscando infundirle confianza—. Además, ella ya tiene bastante con sus ocupaciones que no son precisamente pocas ni pequeñas.

—Siendo así, ¿su señora madre permanecerá ausente a menudo? —se interesó Lacabra.

—Querido, se equivoca usted —aclaró Alba—. Ella jamás se ausenta de aquí como tampoco del confín más apartado del universo. Está invariablemente presente en todas partes. La mitad del periodo de tiempo llamado día le pertenece. Y su imperio, velado por el misterio y las tinieblas, lo gobierna equitativamente.

El hombre de Playa Linda se envaró, presintiendo que algo raro le estaba ocurriendo y que se hallaba a punto de presenciar cosas extraordinarias. Pero la rigidez le duró apenas un instante. Luego, con la mayor serenidad inquirió:

—Amada mía, cuando usted dijo llamarse Alba, y añadió que su nombre era igual al de la difusa luz que nace de la noche, créame que la lentitud con que mi mente procesa las ideas, me impidió comprender su sentido exacto. Mas ahora entiendo el significado verdadero de aquellas palabras y de otras alusiones. Sin embargo, es usted quien debe responder con absoluta verdad a esta pregunta: ¿Es usted realmente *La Hija de la Noche*, la misteriosa mujer de quien se dice que suele devorar a sus fugaces amantes?

—Por qué negarlo —aceptó—. Soy la misma mujer a quien usted se refiere.

—Pues bien —exclamó Lacabra sin que su talante afectuoso sufriera modificación—. Ya podemos ingresar a sus habitaciones. Usted me dará el beso prometido, que ansío disfrutarlo, y a cambio, aceptaré dichoso constituirme en banquete de la mujer a quien adoro. ¿Qué otro fin más elevado, que no sea el de formar parte del objeto de su infinito amor puede aspirar un verdadero enamorado? Estoy plenamente decidido. Que lo inexorable se cumpla, dueña mía, y cuanto antes mejor.

—¡Imposible! —se sorprendió Alba, oprimiendo con vigor las manos de Iván.

—¿Por qué? ¿Duda, acaso, de la sinceridad de mi decisión? ¿Teme que a último instante consiga evadirme o me ponga a dar gritos en demanda de auxilio?

—No, Iván, no dudo de su sinceridad y tan encomiable cualidad me emociona hasta las lágrimas —enunció Alba, con los ojos bañados en llanto—. Y precisamente debido a ello me siento desarmada, sin fuerzas para consumir en usted el cruel cometido que me ha impuesto la fatalidad. ¡Cómo puedo ensañarme con un hombre que, en vez de ponerse fuera del alcance de su Némesis, procura a toda costa entregarse mansamente a su obcecada crueldad, ofreciéndose como su víctima propiciatoria! Amor mío, ¿por qué se empecina usted en ofrecerme este acerbo trago? ¡Váyase cuanto an-

tes! Se lo suplico. Se acerca la medianoche y para entonces debo estar en mi morada.

—¿Y qué ganaría yo con ponerme fuera de su alcance? —reflexionó Lacabra— Con seguridad, morirme de añoranza o vivir recluido en el tenebroso antro de la locura. No, amada mía. Prefiero mil veces terminar en sus brazos, mirándome en los lagos de malaquita de sus ojos, acariciado por sus purpurinos labios, sintiéndola junto a mí hasta mi último aliento. No transigiré. Iré con usted.

—Me sorprende el estoicismo que le permite graficar con tal eufemismo los horrores de su potencial agonía— dijo enternecida la joven—. Pero usted menos que nadie merece semejante suplicio reservado a quienes buscan satisfacer en mí sus lascivos apetitos. Todo hombre que ha puesto en mí sus ojos no lo ha hecho más que con la intención de transformarse en mi marido de una noche. Por cierto, siendo cada uno de ellos la consecuencia lógica de un mundo que gira en torno a la lujuria, qué otra cosa puede esperar una hermosa y solitaria mujer. Iván, no niego que al principio albergué similares intenciones en contra suya, pero en cuanto descubrí en usted un hombre diferente, un hombre de corazón noble y alma diáfana, que anhelaba para sí el amor sin mácula de una mujer, mis propósitos sufrieron un cambio diametral.

Desde entonces no puede evitar que el amor me hiciera su esclava.

Iván se sentía el hombre más feliz del universo, pues, luego de tantas frustraciones sufridas, de las que había ya perdido la cuenta, al fin había logrado conquistar el corazón de una hermosa mujer blanca. Que luego tuviese que pagar una alta factura por ello, le tenía sin cuidado.

—Cómo quisiera yo, amor mío —prosiguió Alba—, poder convocar a las fuerzas que controlan las leyes del universo y, con su auxilio, conseguir detener el tiempo, como lo hacían las magas de la antigua Tesalia, para permanecer junto a usted indefinidamente. Pero tal cosa es imposible. La hechicería no es mi fuerte. Es más, soy una víctima de un famoso brujo que todo lo puede. Tampoco puedo permitirle que atraviese la puerta de mi morada, ya que una vez allí, la dulce niña que ahora anhela su salvación, se transformará inevitablemente en fiera asesina. Iván mío, debe usted dejarme, pues la hora fatal está por llegar.

Iván, sintiendo desesperarse ante la perspectiva de que su fenomenal conquista peligraba esfumarse tan pronto como la había conseguido, se mantenía vigilante a los movimientos de Alba, temeroso de que al menor descuido suyo pudiese acercarse a la puerta, abrirla, atravesarla y, detrás de sí, cerrarla vertiginosamente. Todavía estaba en él

demasiado fresco el recuerdo de la velocidad con que había obrado ella para salvarle de la persecución de los vigilantes. Y para mayor seguridad, la enlazó con sus nervudos brazos. No obstante, pese a las precauciones tomadas por Iván, la joven, en apariencia frágil como una flor de amapola, empleando para su propósito una fuerza descomunal, se desprendió de los brazos de su amante con pasmosa facilidad y llegando con celeridad hasta la puerta, la cual se abrió por sí sola, como si en aquellos tiempos hubiera sido posible el empleo de algún mecanismo de auto activación basado en celdas fotovoltaicas, penetró en el interior del vetusto edificio.

Sin embargo, tampoco ella logró cumplir a cabalidad con su propósito: por propio bien de su amador, dejarlo en el exterior, e irse sola. Pues éste, obrando también con centelleantes movimientos, el instante mismo en que su idolatrada se desprendía de él para nunca más volver, saltó detrás de ella con la agilidad de un felino y, cuando la puerta ya casi bloqueaba la entrada, la asió por la cintura. Pero no logró detenerla. El impulso los llevó hacia adelante, volando por varios metros. Por lo demás, la intención de él no era la de retenerla consigo sino más bien la de obtener que le llevase con ella.

Nada hizo Alba para deshacerse de su amante. Parecía ya tan resignada como él a acatar los dictados del destino. Y sin que ninguno de los dos profiriera comentario alguno, siguieron adelante. Ahora no estaban ya solos, en el estricto sentido de la palabra. Una banda de impacientes murciélagos, entregados a una furiosa danza aérea, les dio la bienvenida y se sumó espontánea al recorrido.

Luego de atravesar largas galerías y subir y bajar interminables graderíos, a menudo obstruidas por escombros y permanentemente veladas por la oscuridad, arribaron al aposento de la joven, situado en la planta superior. Un búho, instalado en algún lugar cercano, les saludó con su lúgubre grito. En la alcoba, pese a no contar con alumbrado convencional ni con el de los astros, como el resto del edificio, la oscuridad no tenía cabida. Una extraña luz de resplandores rojizos, que parecía brotar del aire, la iluminaba tétricamente.

Lacabra no descubrió en su interior mueble ni utensilio alguno que insinuase la permanencia de una persona, a no ser que ésta, al igual que las moscas y los murciélagos, pudiese mantenerse suspendida del techo. Pero en cambio notó de inmediato que, diseminados por el piso, yacían varios esqueletos humanos. Ajenos e indiferentes a cuanto ocurriera a su lado, parecían éstos entrega-

dos a un profundo sueño, agotados por el esfuerzo realizado en la última jornada. También estaban presentes allí —y forzosamente debían ser notados— harapos empapados en sangre, de donde provenían fétidas emanaciones. Era todo lo que había en la habitación íntima de la preciosa dama.

Lacabra no era un cobarde, pero el efecto de aquella visión macabra le puso la piel como la de una gallina desplumada. Mas todo perdió importancia para él cuando centró la atención en Alba, quien, rodeándole el cuello en sus níveos brazos, le dijo: “¡Amor mío! Nuestros esponsales deben comenzar. La hora y las circunstancias no pueden ser más propicias para comenzar la ceremonia. ¿Se halla usted listo?” Lacabra dijo que sí, con un leve movimiento vertical de la cabeza. Y cosa extraña en alguien que se prepara a recibir la muerte mediante dentelladas, ese momento tenía ocupada la mente en adivinar cuál sería el sabor de los labios de su amada. ¿Sabrían a hierbabuena, aroma que de ella emanaba, a rosas, a violetas o a miel de abeja?

Pero esos labios, motivo y razón de aquellas interrogantes, se acercaban ya a los suyos, entreabiertos, anhelantes, seductores, para sellarlos con el beso codiciado. ¡El ósculo de Némesis! Iván los esperaba ansioso. La distancia que le separaba de su supremo deleite, era apenas de unos cuantos

centímetros. Su felicidad fue tanta, que sufrió una especie de vahído, que le hizo perder el equilibrio y, finalmente, dio con su cuerpo en tierra, llevando consigo a su amada, por supuesto.

Las consecuencias del golpe en sí, de ningún modo podían ser graves para ninguno de los dos, ya que la recia contextura de Iván, yendo por debajo, obró como almohadilla respecto al frágil cuerpo de la mujer. Hubiese bastado unos segundos para incorporarse y continuar con el rito nupcial. Pero la suerte fue fatal con Alba. Durante la caída o al tratar de incorporarse —no se sabe cómo—, la botellita de agua bendita que el hombre de abenuz solía llevar consigo siempre, se destapó, permitiendo que su sacro contenido se derramara íntegramente sobre la hermosa y joven mujer.

Y fue estremecedor lo que acaeció.

En cuanto el agua bendita hizo contacto con la anatomía de Alba, se extinguió de ella todo rastro de vida y de aquella majestuosa belleza que le hacía comparable a una diosa pagana. Todo lo que quedaba detrás de sí era solo un horripilante esqueleto similar a los que se hallaban dispersos por la habitación. Su fascinante cuerpo de beldad se había vuelto polvorientas astillas y su cabeza angelical calavera provista de espeluznantes cuencas y de una boca desdentada que parecía esbozar una

sarcástica sonrisa dedicada a su fugaz amante. Iván, ante lo que acababa de suceder, se sintió presa del pánico y no tuvo arrestos suficientes para permanecer un solo instante junto a los restos de la mujer que le inspirara el mayor amor de su vida.

El sortilegio se había roto.

Sin embargo, antes de marcharse, quiso honrar su recuerdo, instalando en la desdentada boca de su ex amada, su dentadura ortopédica elaborada en oro macizo.

** No es ningún secreto que, allá por año de 1918, Quito se estremeció con la horrible noticia de que se había descubierto aquí una banda de forajidos que robaban los cadáveres recién sepultados para comerciar con su carne. Según el ilustre escritor don Leonardo Barriga López, en su libro Valores humanos de Cotopaxi, semblanzas y antología, el cadáver del excelso poeta latacungueño Félix Valencia habría corrido parecida suerte.*

*** Para mejor comprensión del lector que sigue las incidencias de este relato y pueda él ubicar sin dificultad las calles que aquí se mencionan, las citamos a éstas por sus nombres actuales y no con los que se conocía hasta una época temprana del siglo anterior.*

**** El nombre de la Iglesia del Robo y su construcción misma tienen su origen en un suceso verídico ocurrido en Quito y bien conocido por sus pobladores. Al respecto dice la historia que una mañana comprendida en el año de 1652 (no se precisa la fecha) se descubrió que, durante la noche precedente, alguien se había sustraído el cáliz conteniendo hostias consagradas, del templo de Santa Clara. La noticia conmocionó a los quiteños, que se pusieron de inmediato a peinar la ciudad para dar con el autor de la profanación y su precioso botín. Nada consiguieron de inmediato. Pero en el transcurso del tercer día, un indígena se presentó a las autoridades para informar que, mientras él pastoreaba sus ovejas en la quebrada de Jerusalén (hoy convertida en la impresionante Avenida 24 de Mayo), había descubierto el sagrado vaso en una de las grutas que abundaban allí. Tanto el clero como la feligresía, como era de esperar, recibieron alborozados la buena nueva y, como desagravio del sacrilegio, erigieron en aquel sitio un suntuoso templo con el nombre de "La iglesia del Robo".*

Notas del autor.

LECTOR

Si este libro te agrada, no lo prestes, porque restándome compradores, agradecerías, el deleite que me debes, devolviéndome mal por bien.

Si este libro no te agrada, no lo prestes, porque obra insensatamente quien propaga lo malo.

Prestar un libro es un gran perjuicio para el autor que cobra derechos por ejemplar vendido.